

## **Sobre la obra.**

Una cueva empuñada de recortes económicos esconde en su interior un secreto vital y originario que las turbulencias financieras despiertan con intempestiva frecuencia y de manera cada vez más insistente: la búsqueda de refugio ante la intemperie. Las calamidades bursátiles, de manera casi meteorológica, sucesivamente alborotan las economías domésticas que, frágiles, buscan asilo en inversiones que, aunque también frágiles, prometen una seguridad momentánea.

En Argentina, una economía aferrada a un patrón tecnológico vinculado a la extracción de materias primas y un modelo de crecimiento dependiente de inversiones extranjeras y ejecuciones presupuestarias estatales, las variaciones de los precios internacionales provocan sucesivas correcciones en las tasas de cambio que disparan una y otra vez un fenómeno tan natural como informal: las *cuevas*, o casas de cambio paralelo. En el centro de la ciudad, al acecho del turismo internacional, pero también en los barrios, cotidianamente son canjeados miles de dólares y pesos por anónimos contribuyentes que dan cuerda a una maquinaria especulativa imposible de ser detenida. Guiados por el instinto atávico de buscar refugio que sucesivamente es invocado por las crisis capitalistas, los pequeños ahorristas mueven sus fichas de un lugar a otro buscando obtener ventajas que, siendo mínimas o exorbitantes, exhiben la precariedad de sus propias vidas y del sistema económico que les ha dado forma.

*La producción de lo nuevo* incorpora de esta manera la permeable actualidad de las cuevas de cambio. Pero, en ese detalle, que bien puede resultar microscópico comparado con la enormes masas monetarias que de manera virtual y anónima (en forma de divisas, bonos, acciones, obligaciones o precios futuros) se desplazan de manera incesante e instantánea alrededor del globo terráqueo mediante la red global de comunicación digital, de alguna manera la obra de Martín Touzón recompone la frágil abstracción que sostiene todo el circuito. Así, una obra de arte, que es invención en todos sus órdenes (hasta cuando es repetición de lo mismo), desenmascara otra ficción, aún mayor y más elocuente: el lenguaje de las variaciones de precios, la poética de los mercados, la sintaxis de la especulación financiera en todos sus órdenes.

Capitalismo financiero y crisis se mimetizan. Convergen lentamente en un mismo fenómeno. Un algoritmo indescifrable encadena tiempos y espacios disímiles en una gran máquina de generación de valor en la cual todos confían pero nadie conoce. Como un nuevo Dios hecho de cálculos y gráficos de cotizaciones, la financiarización de todo lo vivo coloca a las comunidades en una posición de indefensión que recuerda orígenes primigenios y lejanos.

La cueva de Martín Touzón, *La producción de lo nuevo*, recompone desde una construcción geológica y originaria, asociada al habitat natural del hombre antes de ser hombre y su búsqueda de supervivencia, el salvajismo formal e informal, legal e ilegal de los procesos económicos globales y urbanos. Una cueva que se mimetiza tan bien con la rugosa existencia biológica de los seres y su necesidad de permanecer como con la angustiosa aceleración financiera de los mercados que,

como los minerales, emergen de profundidades lejanas pero se presentan fantasmáticamente con cotidiana naturalidad.

Si en *En unión y libertad* (2011-2013) Touzon había desgajado la existencia precaria de la moneda frente al fantasma inflacionario, a tal punto que la moneda en sí misma comienza a valer más como materialidad que como significado intercambiable; si con su serie *Medias hojas* (2013-2015) descubre una nueva manera de generar valor a través del residuo exhibiendo la posibilidad de re-procesar cualquier material como si fuera información, un procedimiento que por excelencia define al capitalismo financiero; ahora, con *La producción de lo nuevo* (2012-2016), vuelve a la carga con una escultura transportable y performática que acude paradójicamente al espacio afectivo donde nacen y más vulnerables se vuelven los sistemas de dominio bursátiles: el miedo, el control del riesgo y la necesidad de establecer certezas en torno a las ideas de adentro y afuera.

Si la máquina capitalista tiene un aceitado sistema de *inputs* y *outputs* emocionales que conmueven el psiquismo contemporáneo hasta hacerlo ver como un grandioso y frenético baile de *brokers* extasiados ante cada nueva caída de los valores, *La producción de lo nuevo* busca indagar en la abstracta y ambigua capacidad que tiene el mercado de, primero, exhibir nuestros miedos, nuestra fragilidad existencial, y, luego, cobijarnos a todos y cada uno de nosotros bajo su enorme caparazón simbólico de promesas incumplidas, pero promesas al fin.

por Ignacio Navarro